

Lo que resalta principalmente en esta cantiga con respecto á la índole de Alfonso, es que el regio poeta, en vez de ocultar el desaire hecho á su autoridad, saca de él partido para levantar el hecho á la categoría de milagro. No cabe, en verdad, espíritu más natural y más sincero.

Otro testimonio de la modesta ingenuidad del Rey Sabio se halla en la cantiga ccc.lxxxii. El Rey debe restituir algunos bienes á un ricohombre que los reclama. Se niega á hacerlo por compromisos que ha contraído, aunque no desconoce la ineludible obligación. Dilatábase su cumplimiento en tal manera, que el ricohombre se estaba arruinando. Según dice la cantiga,

era Sevilla mui cara
de tod'a éssa sazón.

Declaró al Rey el ricohombre que su situación era insostenible, y que si continuaba desatendiendo su derecho dejaría á Castilla y se pasaría al reino de Aragón. Conmovió á Alfonso este propósito, pero quedó todavía irresoluto. Entonces el ricohombre pidió fervorosamente á Santa María que infundiese en el ánimo del Monarca la voluntad que le faltaba. Alfonso no resistió al celestial influjo, y ya no vaciló un instante en arreglar el asunto á satisfacción del ricohombre. Es verdaderamente curioso, y además característico, que el Rey declare con humildad cristiana, en un cantar dedicado al pueblo, que fué necesario un milagro para poner remedio á su falta de energía moral.

Alfonso se vale de este hecho para confirmar la enseñanza bíblica de que no hay voluntad humana, por

potente que sea, que se sobreponga á la voluntad divina:

«Verdade est a parauoa
que disse Rey Salamon
que dos Reys as uontades
en as mãos de Deus son.»

Espíritu de tolerancia y caridad.—No cabe religión sincera que no se halle hermanada en la fantasía humana con lo sobrenatural y lo misterioso. Quitad lo incomprendible y lo maravilloso, y despojáis á todo culto del soberano prestigio y del respeto, mezclado de terror, que avasallan al hombre ante el imponente concepto de la divinidad.

Alfonso X era creyente fervoroso. Tal vez entraba en su mente algo de la fascinación supersticiosa que, así en religión como en política, acompaña siempre á las creencias ardorosas; pero la noble y generosa condición de su alma y su extraordinaria ilustración lo preservaban de aquel aborrecible fanatismo que cegaba á la plebe de todas las naciones de la cristiandad, y no pocas veces convertía en persecución bárbara y sangrienta el encono con que los cristianos miraban á los mahometanos, y especialmente á los judíos.

Alfonso el Sabio demuestra en varios de sus cantares que el sentimiento de la fraternidad humana se sobreponía en su sano cristianismo á las recias y apasionadas animadversiones de la inhumanidad y de la ignorancia.

La Virgen María, emblema de todas las virtudes, y constantemente inspirada por la piedad, la clemencia, la caridad y la justicia, se muestra siempre en las *Cantigas* inclinada al perdón y á la tolerancia con respecto á todos

los que padecen y rinden culto al bien moral, aunque sean enemigos de la fe.

Dan de ello incontestable testimonio diversas cantigas. Merecen citarse especialmente:

—La del judío herido, robado, mantenido en duro *sequestro* á pan y agua por unos salteadores. Misericordiosa siempre la Virgen, lo cura, le quita las cadenas, y llevándole de la mano á una montaña, le enseña, en una visión de carácter dantesco, primero el valle del tormento y del fuego; y después, en otra montaña, á Cristo cercado de ángeles y de santos, que entonan dulcísimos cantares. Antes de esta lección fantástica había dicho la Madre de Dios al judío: «aunque perteneces á una raza que crucificó á mi Hijo, quiero demostrarte lo que habéis perdido». (Cant. LXXXV.)

—La preciosa leyenda de la Virgen mendiga, que con traje de indigente se presenta en casa de un siciliano acaudalado, y pide limosna para dar sustento al niño que llevaba en los brazos. Era idólatra el siciliano y no creía en Dios; pero abrigaba sentimientos muy caritativos, y contestó á la mendiga que, aunque de veras le pesaba, no podía socorrerla, porque ya lo había dado todo á los pobres. Insistió la Virgen pidiendo siquiera un poco de harina para hacer unas papillas y que el niño no se le muriese de hambre. Conmovido el gentil, buscó y halló en el fondo de un arca un resto de harina é hizo las papillas por su propia mano. Al regresar con ellas, ya había desaparecido la pordiosera. Después advirtió con asombro que los arcones estaban llenos de harina y las trojes de trigo y de cebada. Atónito de tal prodigio, preguntó á los gentiles si había alguna diosa que llevase un niño en los brazos. Esa diosa benéfica, le

contestaron, hay que buscarla en otra parte. (Cantiga cccxxxv.)

—La conseja de la judía que no creía en la Santa Virgen, pero que, hallándose de parto y en grave peligro de muerte, vió su aposento iluminado por luz celestial, invocó el nombre de *María* (que ahuyentó á las hebreas que la asistían), y volvió pronto á la salud con el divino auxilio. (Cant. LXXXIX.)

Pero ¿qué mayor prueba de tolerancia que la que dió el religioso Monarca admitiendo, honrando y auxiliando en su reino á los trovadores provenzales, que, si no tomaban parte directa é inmediata en las controversias dogmáticas de la herejía albigense, no podían menos de estar contagiados del espíritu impío que hubo de nacer inevitablemente de aquella herejía, aun antes de que la terrible guerra (que tanto tenía de política como de religiosa) desencadenase por ambas partes los más implacables sentimientos de odio y de intolerancia? Demuestran sobradamente sus tendencias heterodoxas los airados insultos que dirigían á la Santa Sede y al clero católico muchos trovadores, entre los cuales hay algunos á quienes otorgó D. Alfonso generosa hospitalidad. El noble Monarca no quería, sin duda, ver en ellos sino malaventurados proscritos é ingeniosos poetas propagadores de la cultura literaria (1). En las épocas llamadas

(1) César Cantú no juzga exentos de culpa á los poetas provenzales en la propagación de las malas doctrinas. He aquí sus palabras, fielmente traducidas:

«En el Languedoc, entre el Ródano, el Garona y el Mediterráneo, se habían extendido los *albigenses*, merced á su imaginación, y á su afición á las bellas artes y á los placeres delicados. También allí fueron compuestos los primeros versos que cantaba el gentil trovador, que vagaba de castillo en

de libertad no se hallan muchos hombres que hayan dado ejemplos semejantes de respeto al pensamiento ajeno.

Espíritu piadoso.—Esta cualidad, heredada de su padre el santo rey Fernando III, es tan visible y manifiesta en Alfonso X, que sería ocioso detenerse á encarecerla. Se muestra palpable en sus esfuerzos para dar grandeza y esplendor al culto en varios templos, singularmente en las catedrales de Sevilla y de Murcia, y en la iglesia de Santa Maria del Puerto, por él fundada. Pero resalta en las *Cantigas* con mayor claridad todavía.

Para las cosas de la fe tiene siempre el Rey Sabio sencillas y oportunas reflexiones, como de hombre que cree de veras. Algunas veces halla acentos de elocuencia cristiana para contrarrestar el espíritu escéptico,

castillo, celebrando el amor y las hazañas, y componiendo sátiras contra los grandes y contra los sacerdotes. Con esta poesía se habían propagado ciertos errores; y como éstos fueron por primera vez condenados en la ciudad de Albi, los herejes que los profesaban fueron llamados *albigenses*.» (*Gli Eretici d'Italia*, t. I, discurso IV.)

Ideas análogas á las de Cantú expresa el sabio abate C. Douais, sin imaginar por ello que los poetas de la Provenza tomasen parte en las enredadas polémicas teológicas de aquel neomaniqueísmo, que se dividió en tantas sectas que Cantú, sólo con referencia á los *patarinos*, cita diez y seis, y se declara desorientado ante semejante variedad. El abate Douais reconoce que aquellos cantores contribuyeron á la civilización literaria, pero no á la civilización moral. Así expresa su juicio:

«La Provence et le Languedoc entendirent sans doute des vers d'une grâce exquise. Sous leur influence, les mœurs se radoucirent peut-être..... Mais chacun au milieu de ces fêtes de troubadours apprit à écarter de sa vie la réserve, la modération, la sagesse. La liberté du cœur amena la liberté de l'esprit. On devisa ouvertement surtout: du clergé, de l'Église, de la foi; on formula même des négations et de reproches amers. On avait porté une

que, como precursor de la Reforma, cundía ya en las naciones occidentales y tomaba fuerza é impulso en las doctrinas heterodoxas de los albigenses y de los patarinos.

Así exclama en la cantiga del hereje romano que se niega á creer en la virginidad de la Madre de Dios:

«Insensato y temerario es querer saber la razón por la cual hace Dios las cosas que antes no existían. Las obras de Dios no son todas para comprendidas, ni esto cabe en la humanidad.» (Cantiga CCCVI.)

Con apremiante dialéctica, algo ruda, como de la Edad-media, pero elocuente á su manera, expresa el Rey no ya vaga y consoladora esperanza de la felicidad eterna, propia de un católico timorato, sino la convicción absoluta de que el sublime acto de redención de

main sacrilège sur le sanctuaire sacré du cœur, du même coup on ébranla l'homme tout entier. Nous n'en voulons pour preuve que le mouvement anti-chrétien et anti-social qui agita si profondément le XII^e siècle. Les albigéois étaient loin de représenter la civilisation et le progrès..... Sous le souffle divin de l'Église, le siècle qui suivra cette ère troublée sera le siècle de la grande architecture religieuse, l'âge des saints, l'époque de la sublime Théologie, le siècle de saint Dominique, de saint François d'Assise, de saint Thomas.» (*Les Albigéois, leurs origines*, etc. Paris, 1879.)

Fauriel hace notar el carácter histórico de la hostilidad que, con rarísimas excepciones, demostraron siempre los poetas provenzales á la Iglesia católica:

«Cette grande catastrophe (*la guerra albigense*) ne fut à plusieurs égards, qu'une crise de l'ancienne lutte de la caste féodale et du clergé. Or, dans cette lutte, les troubadours, qui étaient aussi une des puissances de la société, durent prendre parti pour la féodalité, en d'autres termes, pour la chevalerie, pour la galanterie chevaleresque.....; et c'est un de phénomènes de la guerre des albigéois, que l'ardeur et l'unanimité avec laquelle les poètes provençaux s'efforcèrent de flétrir le pouvoir ecclésiastique.» (*Histoire de la Littérature Provençale*, chap. XII.)

Jesucristo y los ruegos de su santa Madre han de abrir á todos los creyentes las puertas del cielo.

«En el tremendo día del juicio, exclama, dirá Dios Padre á su Hijo cuando éste le enseñe la cruz y las heridas de su cuerpo: ¡Nunca hubo ni volverá haber jamás piedad tan grande!»

«Y además, ¿cómo no ha de aplacar Dios su ira contra nosotros cuando su Madre, enseñándole los pechos con que fué criado, le diga: Por ellos te pido que perdones á mi pueblo (la cristiandad) y que le admitas en tu compañía?» (Cantiga CCCLX.)

Su credulidad era extremada, y así afirma en la cantiga CXXII que presencié la resurrección de una niña («Un miragre que uí»). Pero ésta credulidad era propia de las almas sanas de aquella era, en la cual todos creían descubrir la intervención divina hasta en los menores sucesos de la tierra, y especialmente en los fenómenos de la salud y de la naturaleza.

Esta credulidad sincera y arraigada no llegaba, sin embargo, en aquella elevada inteligencia á los abismos de la superstición, ni le hacía caer en los errores comunes de su tiempo. Bien claro lo patentizan las firmes palabras con que *Las Partidas* anatematizan la crisopeya, seductor engaño que ofuscaba entonces hasta á hombres de verdadera ciencia. La astrología no fué para él, como lo era para los más, vana y fantástica ciencia que servía para pronosticar felicidades ó infortunios, sino la verdadera ciencia astronómica que investiga y explica la índole de los astros y las leyes de sus movimientos.

La cantiga CCCXIX habla de una doncella enferma del mal de rabia, á la cual nadie podía sujetar, y para cuya

curación eran ineficaces cuantos medios empleaba su familia:

«Döeceu de rauia
et foi tan rauiosa,
que a non podían
têer en prijöes,
nen ualian eruas
nen *escantações*.
nen aynda santos
a que orações
fazian por ela.»

No porque se citan los *encantamientos* entre los medios curativos, vaya á imaginarse que Alfonso caía en semejante superstición vulgar. Lo ponen al abrigo de tal sospecha las *Partidas* mismas, donde las leyes severamente se declaran contra las agorerías y encantamientos. El Monarca no olvida que sus sencillos cantares están destinados al pueblo, y que para impresionar su ánimo es forzoso hablarle el lenguaje de sus preocupaciones y de sus creencias.

Espíritu caballeroso y bizarro.—El espíritu de la caballería de la Edad-media, y con él la noble tendencia á proteger á los menesterosos y á las mujeres, había penetrado de lleno en el alma de Alfonso X, y asoma á cada paso en sus piadosos cantares á la Virgen. Ya hemos visto con qué ahinco de galantería, profana en la forma, aunque no en la intención, se declara el Rey trovador y caballero de Santa María. El parangón que hace en la cantiga CXXX entre el amor de la Virgen María y el amor de las demás mujeres, es casi una profanación, pero profanación inocente, porque es indudable que al declararse el poeta *galán de la Virgen* (seu

entendedor), siguiendo el lenguaje caballeresco de su época (1), no lo hace sino en el más puro y místico sentido.

Espíritu nacional y cristiano.—No ha hecho la historia suficiente justicia á la elevación de alma del monarca de Castilla y de León D. Alfonso el Sabio. En tiempos menos turbados habría llevado á cabo nobles y gloriosas empresas, á más de aquellas que le fué dado realizar así en la guerra de la Reconquista como en la esfera de la civilización científica, jurídica y literaria. La perseverante lucha que sostuvo, durante tantos años, con la potestad pontificia para alcanzar la investidura del Imperio germánico á que tenía derecho, no supone en un alma como la suya mera ambición vanidosa y vulgar, sino el propósito de dar venturosa cima á altos designios, proporcionando mayor ensanche, lustre y vigor á la Corona de Castilla y á las grandezas del cristianismo.

(1) El idioma provenzal llamaba *entendedor*, como anteriormente hemos expresado, al amador ó galán de una dama. Puede citarse como ejemplo este pasaje del trovador Amanieu des Escas (S. XIII):

«E si us ven d' aggradatje,
per vivr' ab alegratje,
c' aiatz *entendedor*.»

(Y si os place, para vivir con alegría, que tengáis amador.)

Del provenzal pasó aquella dicción á otros idiomas neolatinos. En una canción amorosa, en lengua italiana, del poderoso Emperador y Rey de Sicilia Federico II (1194—1250), que empieza

«Poichè ti piace, Amore,
ch' eo deggia trovare»,

encontramos la palabra *intendimento* en el sentido de pasión amorosa ó relaciones de amor.

No en las crónicas, en íntimos cantares religiosos hay que descubrir, como expansión del ánimo, estos generosos y patrióticos impulsos.

En la primera de las cinco cantigas del Códice de Toledo, no incluidas en los códices escurialenses, la cual no refiere milagro alguno, y es simplemente una de las canciones llamadas *Mayas*, dirige el Monarca á la Santa Virgen preces fervorosas para alcanzar los mayores bienes en la vida terrestre y en la vida eterna. Es una de las principales demandas que Dios le otorgue fuerza bastante para arrojar de España á los moros. Era ésta la más viva y generosa ilusión que el rey Alfonso acariciaba. Bien claramente expresa sus deseos del triunfo absoluto de la cristiandad en España, y la aversión que le inspira la dominación mahometana.

«E nos roguemos á que nos tesouros
de Ieso-Cristo é, que ãos mouros
cedo cofonda.....

Ben uennas, Mayo, alegr'e sen sanna;
e nós roguemos a quen nos gaanna
ben de seu Fillo, que nos dé tamanna
força, que sajan os mouros d'Espanna.»

La cantiga CCCXLVIII, en la cual refiere el hallazgo de un tesoro de oro, plata, piedras preciosas, suntuosos paños de seda y otras prendas y joyas extremadas (probablemente ocultas por judíos), da idea de la complacencia con que recuerda sus marciales agresiones contra el reino mulsumán de Granada. Había empleado todos sus recursos pecuniarios en aquella incesante guerra de reconquista, que era su más gloriosa aspira-